CREER: Identidad en Cristo (Semana 5)

Larry Courson

Peace Lutheran Church, Ann Arbor, MI

5 de octubre de 2014

¿Alguna vez te han robado la identidad? Si de por sí es malo que alguien te robe tu tarjeta de crédito y la use, un robo de identidad es incluso peor. Los anuncios de televisión y nuevos programas nos avisan de los peligros del robo de identidad todo el tiempo. Mi compañía de seguros de vida me cubre el robo de identidad. Quizá tú tengas tu propia póliza de robo de identidad. Los índices de 96 productos de protección contra el robo de identidad acaban de salir esta semana.

No queremos que nadie nos robe la identidad, pero ¿hemos permitido alguna vez que suceda eso? No estoy hablando de conseguir nuestro número de la Seguridad Social u otra información personal. ¿Alguna vez hemos permitido que alguna persona nos quite nuestra identidad al definirnos? La gente lo intenta continuamente poniéndonos etiquetas, intentando que encajemos en un molde. Quizá digan que somos demasiado liberales o demasiado conservadores. Quizá intenten definirnos por el lugar donde vivimos, el tipo de ropa que vestimos o el auto que conducimos. Quizá nos llaman perezosos, perdedores o solitarios.

¿O permitimos alguna vez que la gente nos limite? Si alguien te dice que no eres muy inteligente, ¿le crees? Si alguien dice que no puedes hacer algo, ¿le crees y dejas de intentarlo? Si alguien dice que deberías dejar algo mientras tengas la oportunidad, ¿lo haces? No sé por qué, pero mis abuelos le dijeron a mi papá que no era bueno, que no llegaría a nada, y que terminaría en la cárcel. Mi papa no les creyó. Trabajó mucho toda su vida, formó una familia de cinco, y fue un miembro respetado de la comunidad.

Entonces ¿cómo te definirías? Si estás aún en la escuela, ¿te definirías por tus calificaciones, los equipos deportivos en los que juegas o el grupo con el que sales? Si estás en el mundo laboral, ¿te defines por tu posición laboral o tus ingresos? Si estás jubilado, ¿te defines por tus ahorros de jubilación, tus viajes anuales, o tu segunda casa en un clima distinto?

¿Vives tu vida mirando por el espejo retrovisor y permitiendo que tus derrotas o culpas te definan? Cuando eso ocurre, ¿dejamos que etiquetas como perdedor, derrotista, adicto o alejado de la sociedad nos definan? Esas etiquetas, limitaciones y culpas pueden influenciarnos, pero no nos definen.

La Biblia nos dice que somos importantes porque somos hijos de Dios. Dios nos ama y nos da vida. Se interesa por nosotros y actuó para restaurarnos a su familia. Se nos revela y nos llama a ser sus hijos. El Evangelio de Juan nos dice: **«Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios».** (Juan 1.12)

La Biblia dice que obtenemos nuestra identidad, amor, propósito, seguridad, sentimiento de importancia y pertenencia del Señor. ¿A qué voz estás tú prestando atención? ¿Escuchas las palabras de un padre abusivo, un excónyuge amargado, un jefe beligerante, un amigo que denigra, un entrenador bravucón, una carta de rechazo de una universidad o un comentario en línea? ¿Dejas que la imagen en la pantalla de televisión o la portada de una revista te diga que tú no eres una de las personas guapas? Quizá tienes que conducir y pasar por casas más grandes y más caras en tu camino de vuelta a casa cada día. ¿Te dice esta situación que has fracasado? Al margen de lo que puedas oír de otras fuentes, Dios quiere decirnos exactamente quiénes somos.

Como creyentes en Jesucristo, somos hijos de Dios y herederos de su reino. El apóstol Pablo escribió: **«Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo»** (Romanos 8.17). Dios es nuestro Padre amante y bondadoso. Él quiere lo mejor para nosotros. Envió a su Hijo, Jesucristo, al mundo para que pudiéramos heredar el regalo de la vida eterna con Él. Jesús nos hace ciudadanos en el reino de Dios.

Como creyentes en Jesucristo, Dios vive en nosotros. 1 Corintios 3.16 (NTV) dice: **«¿No se dan cuenta de que todos ustedes juntos son el temple de Dios y que el Espíritu de Dios vive en ustedes?».** El Espíritu de Dios vive en nosotros. Qué diferencia marca esto. Significa que deberíamos cuidarnos, nuestro cuerpo, mente y espíritu, porque Dios vive en nosotros. Significa que Dios va con nosotros dondequiera que vamos. Así que en lugar de escuchar las voces que quieren limitarnos o desanimarnos, sabemos que Dios nos ama y nos anima.

Como creyentes en Jesucristo, somos una nueva creación. El apóstol Pablo escribió: **«Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo»** (2 Corintios 5.17). Dios nos ve de una forma totalmente distinta. Nos ve a través de Jesucristo, sus propios hijos amados, perdonados y restaurados en Cristo. Nuestra lectura del Nuevo Testamento para hoy (1 Pedro 2.9-10) lo dice así. **«Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Ustedes antes ni siquiera eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; antes no habían recibido misericordia, pero ahora ya la han recibido».**

Como creyentes en Jesucristo, somos miembros del cuerpo de Cristo. La Iglesia cristiana es el cuerpo de Cristo. Eso significa que cada uno de los que creemos en Jesús tiene un asiento en la mesa de Dios. Dios nos da dones y capacidades para usar para el bien común de todos los creyentes. Nuestras vidas adquieren un nuevo sentido y significado como parte de la familia de Dios. Pablo escribió: **«Más bien, al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo. Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro»** (Efesios 4.15-16).

¿Y qué significa esto? ¿Qué diferencia produce esto en nuestras vidas?

Somos libres de la condenación. Cuando la mujer que fue sorprendida en el acto de adulterio y fue llevada delante de Jesús y todos sus acusadores se habían ido, Jesús le preguntó: **«Mujer, ¿dónde están? ¿Ya nadie te condena? —Nadie, Señor. —Tampoco yo te condeno. Ahora vete, y no vuelvas a pecar»** (Juan 8.10-11). Jesús nos hace libres de la condenación del pecado. Eso significa que no hay juicio, no hay acusación o ataduras al pecado. Significa que somos libres para vivir la nueva vida de fe.

La nueva identidad que tenemos en Cristo significa que nuestra valía proviene de Él, no de nuestro desempeño. No tenemos que buscar la aprobación del mundo o intentar demostrar lo que somos, porque sabemos que estamos seguros en Cristo.

Como somos hijos de Dios, podemos enfocarnos en edificar a otros en vez de derribarlos. Podemos trabajar para construir puentes con otros en vez de intentar quemarlos. Podemos ser esa persona que levanta a todos en lugar de tirar a la gente que nos rodea. Podemos comenzar a pensar, actuar y ser más como Jesús.

Hoy lo dimos a entender. Somos la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Ese será nuestro enfoque la semana que viene siguiendo con nuestra serie CREER. Espero que estés aquí para que también podamos celebrar el 20 cumpleaños de Peace, el cuerpo de Cristo en este lugar.